

## Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

### **CURACION DEL CIEGO DE NACIMIENTO.**

#### **EL MILAGRO: Ioh. 9, 1-12**

Explicación. — Tiene este milagro gran analogía con el obrado por Jesús en la piscina de Bethesda (Ioh. 5, 5 sigs.). La narración es ingenua, transparente, repleta de detalles que constituyen un verdadero proceso del milagro y sus consecuencias. Culmina en él la obstinación, la astucia y la rabia de los fariseos, a quienes confunde el pobre ciego curado.

CIRCUNSTANCIAS : EL MILAGRO — *Y al pasar Jesús inmediatamente a su salida del templo, vio, se fijó, en un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, al ver que miraba al ciego, con la intención que después manifestó: Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para haber nacido ciego?* Era creencia común entre los judíos, que las dolencias corporales eran consecuencia fatal de los pecados: los hijos pueden ser castigados por los pecados de sus padres (Deut. 5, 9); cuanto a la causa de la ceguera en aquel caso, creerían vagamente que puede el hombre ser culpable antes de nacer: *Respondió Jesús, excluyendo en este caso ambas hipótesis: Ni éste pecó, ni sus padres;* la finalidad que Dios se propuso al consentir la ceguera de este hombre, era que se manifestara el poder, la bondad, la misericordia de Dios en su curación; *Mas para que las obras de Dios se manifiesten en él.*

Quien debe obrar las obras de Dios, sus maravillas, es el hijo, a quien envió el Padre: *Es necesario que yo obre las obras de aquel que me envió.* El tiempo de hacerlo, es durante su vida, simbolizada por el día de trabajo, como la muerte lo es por la noche, cuando el hombre reposa: *Mientras que es de día: vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar.* Y la razón de obrar prodigiosa es una exigencia de su misión; como mientras vivió fue la luz del mundo por su doctrina, así debió serlo por los milagros con que la confirmó: *Mientras que estoy en el mundo, luz soy del mundo.* Especialmente va a ser luz del mundo en aquellos momentos en que va a iluminar los ojos de un ciego.

Y pasa Jesús a obrar el milagro: *Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra, e hizo lodo con su saliva, y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego.* Hace Jesús el milagro trabajando de manos en sábado, preparando la lección tremenda que va a dar a los fariseos; y quiere que tenga la máxima publicidad, pues obliga al ciego, con los ojos cubiertos de fango, a atravesar las calles de Jerusalén y salir a las afueras, hacia el sur de la ciudad, donde está la piscina de Siloé: *Y le dijo: Ve, y lávate en la piscina de Siloé.* El Evangelista nota la significación de la palabra hebrea Siloé: *Que quiere decir «enviado»,* para hacer ver la relación simbólica entre la piscina y el verdadero Enviado de las naciones.

Con sencillez que raya en lo sublime, cuenta Juan la manera cómo el milagro

se consumó: *Se fue, pues, el ciego, con pronta y absoluta obediencia al mandato de Jesús: Y se lavó, y volvió con vista.*

EFFECTO QUE EL MILAGRO PRODUJO EN EL PUEBLO (8-12).— Era el ciego hartamente conocido en Jerusalén para que no causara asombro su curación; acostumbraría, como suelen los ciegos en todas partes, sentarse en algún lugar conocido para pedir limosna a los transeúntes. *Los vecinos, de su casa, sus conocidos, y los que le habían visto antes pedir limosna, decían: ¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna? Los unos, los que más le conocían, que quizás habían seguido el proceso de la curación, decían con seguridad: Este es. Y los otros, más tardíos en creer un hecho tan estupendo, o que le conocían menos, o que veían demudado el rostro al abrirsele los ojos, decían: No es éste, sino que se le parece.* El mismo ciego era el que, gozoso, aclaraba las dudas y dirimía las cuestiones; *Más él decía: Soy yo, el mismo que era ciego y pedía limosna.*

Como es natural, y más tratándose de un hecho maravilloso, el pueblo quiere saber cómo se realizó: *Y le decían: ¿Como te fueron abiertos los ojos? El ciego reproduce fielmente y por el mismo orden de etapas de su curación: Respondió él: Aquel hombre, que se llama Jesús, hizo lodo: y ungió mis ojos, y me dijo: Ve a la piscina de Siloé, y lávate. Y fui, me lavé y veo.*

Al punto asoma el espíritu farisaico: los escribas consentían derramar el agua en sábado, pero no amasar; Jesús, al preparar el lodo, ha infringido la ley sabática, y *le dijeron al ciego: ¿En dónde está aquél?,* revelando su animosidad contra Jesús. *Respondió él: No sé.*

Lecciones morales. — A) v.1 —*Vio un hombre ciego de nacimiento. —¿Por qué estos defectos de constitución, a veces terribles, desde el mismo seno de las madres? Ciegos, mutilados, monstruosos, mudos, mentecatos, vienen al mundo sin culpa suya, sin provecho para la sociedad, con pena para los suyos. Quien saca de la nada al ser, bien puede dejar sin injuria al hombre con tal modo de ser, dice el Crisóstomo; a más de que Dios de los males saca bienes, en el orden individual, como en el caso del ciego, en el social y en el espiritual. A veces, dice San Gregorio, aflige Dios con estos males sin corregirlos; otras, para que el pecador se corrija; otras, para que no cometa pecados por aquello que le falta. Y siempre para que sepamos debidamente agradecer lo que tenemos y de lo que los otros carecen.*

B) v. 2. — *¿Quién pecó, éste o sus padres...?* — El pecado personal de los padres no es imputable moralmente a los hijos, porque el pecado es una desviación de la libertad, y ésta es el fundamento de la responsabilidad del individuo. Bajo este aspecto, sólo el pecado de Adán, cabeza social y jurídica de la humanidad, ha podido ser imputable a todos los hijos; contenidos todo en él, con responsabilidad capital y solidaria, todos pecamos cuando él pecó. Con todo, hay en los pecados de los padres como una raíz del mal, que puede propagarse a los hijos. Es sabida la influencia del organismo en la libertad de cada cual. El cuerpo condiciona, a veces en forma muy eficaz, el juego de la voluntad. La teoría de los temperamentos y herencias es muy útil para la formación de los caracteres. Y los pecados de los padres, los vicios de

los padres, pueden sin duda repercutir en las vidas de sus hijos. El refrán corriente: «De tal palo. tal astilla», y otro que consigna Jeremías: «Los padres comieron agrazones. y los hijos sufrieron dentera» (31. 29), pueden aleccionar a los padres en orden a la dignidad de su descendencia.

c) v. 4. —*Vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar.* — La noche en que no se puede obrar es la noche de la muerte; y es, sobre todo, la noche de las nieblas exteriores de que habla el mismo Jesús en otra parte (Mt. 22, 13). Ahora estamos en el uso de nuestra libertad, que puede inclinarse al bien o al mal; después queda la libertad fijada definitivamente en el bien o en el mal, y no puede merecer ni desmerecer. Obremos el bien mientras tengamos tiempo, dice el Apóstol (Gal. 6, 10); cuanto mayor sea el bien que obremos, mayor será el bien de que gozaremos eternamente.

### **EL CIEGO DE NACIMIENTO: INQUISICION JURIDICA ANTE EL SINEDRIO: Ioh. 9, 13-34**

Explicación. — A la inquisición popular, de la que resultaba ya la supuesta infracción del sábado, siguió la delación hecha al Sinedrio, de la misma persona del pordiosero curado: *Llevaron a los fariseos al que había sido ciego.* No aparece claro fuese la denuncia el mismo día de la curación; el Evangelista se ciñe a decir: *Y era sábado cuando hizo Jesús el lodo y le abrió los ojos.* La escena del interrogatorio está tan sencilla como admirablemente descrita. En ella, la sinceridad y nobleza del hasta entonces pordiosero contrasta con la felonía, las argucias y las contradicciones de aquellos prohombres de Israel.

EL CIEGO CURADO, ANTE EL SINEDRIO (13-18). — Los delatores del ciego narran a los fariseos el portentoso hecho; éstos, sin fijarse en la magnitud del prodigio, y sólo acuciados por el ansia de sorprender a Jesús en flagrante delito, piden al hombre curado les narre a su vez cómo recobró la vista: *Y de nuevo le preguntaban los fariseos, cómo había recibido la vista. El ex ciego repite con suma sencillez lo ocurrido: Y él les dijo: Lodo puso sobre mis ojos, y me lavé, y veo.* No se pasman aquellos jueces: obrando en fariseo, y según sus prejuicios, callan con dolo lo bueno y lo maravilloso de la acción, y sólo se fijan en un pequeño detalle que pudiese resultar infracción legal; por él condenan ya en su juicio a Jesús como pecador: *Y decían algunos de los fariseos: Este hombre no es de Dios, pues que no guarda el sábado.* En cambio, otros, de los mismos fariseos, creían no debía ser reprobado de plano un hombre que a más de éste había hecho muchos otros milagros: *Y otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros?* Como entre la plebe, así hay también entre los magnates diversidad de pareceres con respecto a Jesús: *Y había disensión entre ellos.*

En medio de esta perplejidad de la asamblea, es interrogado el mismo ex ciego sobre el juicio que le merezca Jesús; el pobre hombre sabe la hostilidad de los presentes contra su médico: no se atreverá a alabarle ante la gran asamblea, y en la misma conducta del curado hallarán quizá motivo para descalificar a Jesús; *Y vuelven a decir al ciego: Y tú, ¿qué dices de aquel hombre que abrió tus ojos?* Pero el hombre es agradecido y no es cobarde;

frustra las esperanzas de sus interlocutores diciendo con lealtad su parecer: *Y él dijo: Que es profeta, un hombre enviado de Dios. Se lo ha dictado el simple sentido común.*

El hecho aparece inexplicable, por lo extraordinario: aquel hombre defiende a Jesús ; quizás hay entre ambos contubernio para simular un hecho milagroso; por ello niegan el hecho, empezando por no creer que aquel hombre hubiese sido ciego: *Mas los judíos no creyeron de él que hubiese sido ciego, y que hubiese recibido la vista. Llamarán a los padres del curado; tal vez les den la llave en sus respuestas para la explicación del extraño suceso: Hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista.*

INTERROGATORIO DE LOS PADRES DEL CIEGO (19-23). — Padres e hijo están ante la asamblea: *Y les preguntaron, y dijeron: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora?* Son tres preguntas, hechas atropelladamente, con vehemencia, como para intimidar a aquellos testigos, y la última es notoriamente tendenciosa: *¿cómo ve ahora?*, es decir, si ahora ve, es que no era ciego.

La respuesta de los padres es sobria y serena; arroja claridad meridiana sobre el hecho, sin que ellos se comprometan, ni den ocasión a tergiversar el suceso: *Sus padres les respondieron, y dijeron a las dos primeras preguntas: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; ¿quién mejor que ellos podía saberlo?* A la pregunta tercera responden con cautela, hurtando el cuerpo a las iras del Tribunal y remitiéndose al testimonio del hijo, ya mayor de edad: *Mas no sabemos cómo ahora tenga vista: O quién le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos: preguntadlo a él: edad tiene, que hable él por sí mismo.* Justifica el Evangelista a los padres por el justo miedo que tenía todo judío a la excomuniación, y ésta era sanción acordada contra quienes predicasen a Jesús como el Cristo: *Esto dijeron los padres del ciego, porque temían a los judíos: porque ya habían acordado los judíos que si alguno confesase a Jesús por Cristo, fuese echado de la sinagoga. Echar de la sinagoga era excomulgar; el excomulgado debía vestir traje de penitencia, y muchas veces no podía concurrir a las sagradas ceremonias; era una afrenta y una pena para el judío, ordinariamente piadoso, que, por el hecho de la excomuniación, aparecía en la sociedad como impío y sacrílego: Por esto dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadlo a él;* el temor de su propia condenación y afrenta justifica su comedimiento ante el prodigio obrado en su hijo.

SEGUNDO INTERROGATORIO DEL CIEGO CURADO (24-34). — Los fariseos no pueden ya negar el hecho de la ceguera ni el de la curación; ahora van a violentar la conciencia de aquel hombre, intimándole, para que se retracte de que Jesús era profeta, y le declare, con ello, pecador, este intolerable cohecho, ejercicio por abuso de autoridad sobre la conciencia de un plebeyo: *Volvieron, pues, a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios.* Dar gloria a Dios es aquí una fórmula adjuratoria, equivalente a: *Di la verdad en el nombre de Dios, que está presente;* con ello se amedrentará al testigo: *Nosotros, la suprema autoridad de Israel en el orden doctrinal, otro motivo de temor, sabemos, definimos, que ese hombre es pecador;* confiésalo tú también. Una afirmación categórica y un mandato, en

boca de la autoridad máxima, bastan para falsear el criterio y doblegar la voluntad de un desvalido.

El ex ciego no cede, y responde con suma cordura y reverencia, pero diciendo toda la verdad: *El les dijo: Si es pecador, no lo sé, no juzgo ahora, me callo, no expongo mi juicio: Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.* El hecho es irrefragable, indestructible; aquellos jueces apelarán a todos los recursos de su dialéctica para que caiga en contradicción el testigo. *Y ellos dijeron: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?* Entonces el testigo, que ve la situación embarazosa de sus jueces, toma bríos, y *les respondió,* con vehemencia: *Ya os lo he dicho, y lo habéis oído: ¿por qué lo queréis oír otra vez? Y, mordaz, sigue irónicamente: ¿Por ventura queréis vosotros también haceros sus discípulos?* ¡Bien sabía su animosidad contra Jesús! Exasperados, por lo que ellos suponen contumelia, le colman de injurias: *Y le maldijeron: y, como ultraje máximo, dijeron: Tú seas su discípulo: que nosotros somos discípulos de Moisés, único enviado de Dios. Nosotros, siguen con énfasis, sabemos que habló Dios a Moisés: mas éste, despectivamente, a quien defiendes tú, no sabemos de dónde es.*

A los irrefutables argumentos, responden los jueces con un insulto, síntesis de todos ellos; en las contiendas, cuando faltan las razones se llega fácilmente al ultraje; *Respondieron, y le dijeron: En pecado eres nacido todo,* en alma y cuerpo; tu ceguera nativa es la marca externa de tus crímenes: *¿y tú nos enseñas? ¿Tú, pecador, plebeyo, ignorante; a nosotros, doctores de la ley y representantes de la santidad, como fariseos que somos? Y le echaron fuera,* brutalmente le expulsaron del lugar; quizás el acto fue seguido de excomunión: los representantes de la ciencia y de la justicia han caído en necedad y han conculcado al justo y a la justicia.

Lecciones morales.— A) v. 16. —Este *hombre no es de Dios, pues no guarda el sábado.*— Miran los fariseos en la acción de Jesús lo que es pequeño y que tiene explicación satisfactoria, aunque parezca pecaminoso, y dejan de considerar el fondo estupendo del hecho. No ven que en éste se revela Dios o enviado de Dios, y que Dios es el Señor del sábado. Ni atienden que bien vale la vista de un prójimo hacer con saliva un poco de barro, cuando vale una bestia que cae en un hoyo el esfuerzo necesario para sacarla de él, aun en sábado. Para que sepamos estimar en su valor legítimo hombres y cosas, y no falseemos nuestro juicio sobre ellos, por la simple aprehensión de algo que aparece defecto y quizá ni llegue a serlo, y no ponderando debidamente lo que de bueno puedan tener. Y para que aprendamos que es difícil enjuiciar al prójimo cuando tenemos contra él prejuicios personales o de doctrina.

a) v. 17.— *¿Qué dices de aquel hombre que abrió tus ojos?*

El ciego éramos cada uno de nosotros, hechos, en frase del Apóstol, «tiniebla», de pensamiento, por la ignorancia y el error de que éramos víctimas, y de vida, por nuestras malas obras; pero ahora somos «luz en el Señor» (Eph. 5, 8), porque Jesús nos ha abierto los ojos, por la luz de la fe, que ilumina los pasos de nuestra vida y por nuestras obras, «luz nuestra que brilla ante los hombres» (Mt. 5, 16). ¿Qué decimos de aquel hombre, Jesús,

Hombre-Dios, que nos abrió los ojos? ¿Le reconocemos como nuestro Dios y Salvador, nuestra «iluminación y salvación?» (Ps. 26, 1). ¿Le confesamos tal ante los hombres, incluso ante los hombres de tinieblas que quieren avergonzarnos porque seguimos a Jesús y le amamos? ¿Flaqueamos alguna vez en nuestra fe, ante nosotros mismos, o ante la exigencia de confesarla ante nuestros adversarios? Tomemos ejemplo del ciego del Evangelio, y temamos si no lo seguimos, que aun nuestra debilidad e ingratitud podrían acarreararnos nueva caída en tinieblas.

c) v. 19. —*Pues, ¿cómo ve ahora?* — Los sinedritas no salen de su asombro ante el hecho, que no pueden negar, de que el ciego haya recobrado la vista; y quieren saber la causa de la curación. No llegarán a comprenderla, porque sus prejuicios les cegarán. Antes que confesar el poder de Jesús, preterirán desatarse en ultrajes contra el pordiosero tan maravillosamente curado. Es lo que ocurre siempre, a través de la historia, con los enemigos de Jesús. Ven la gloria de la Iglesia, la transformación del mundo por Cristo, esta luz prodigiosa del Cristianismo que llena la tierra y los siglos: es un hecho, o una serie de hechos prodigiosos que no pueden negar, porque la luz no se niega; pero sí que se niega el poder sobrenatural de Jesús y su eficacia en todas las cosas de la humanidad. Y, en su impotencia, los enemigos de Jesús atribuyen a factores humanos la obra estupenda, o se desatan en ultrajes, persecuciones, calumnias, contra la persona de Jesús.

D) v. 20.— *Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego.* No pudiendo los fariseos hacer callar al hijo, dice el Crisóstomo, llaman a sus padres, por si pueden con el testimonio de éstos aniquilar el milagro. Pero es tal la naturaleza de la verdad, que cuando se la ponen trabas e insidias, se hace más fuerte. La mentira tropieza siempre consigo misma, y da testimonio de la verdad en aquello mismo en que se la había utilizado para destruirla. Así sucede en este caso: los padres del ciego, testimonio el más fehaciente, no hacen más que corroborar lo que ha confesado su hijo y lo que es de voz pública. Así ha sucedido con todo error y con toda mentira inventados contra la Iglesia: no han servido sino para hacer brillar más la verdad, que ha salido victoriosa de toda contraprueba.

1. v. 21. —*Preguntadlo a él: edad tiene...* — El hijo es intrépido, y dice con claridad lo sucedido; los padres temen las iras de los fariseos y se remiten al testimonio del hijo. El miedo es mal consejero, y es sumamente contagioso. En la confesión de la verdad, y más cuando se nos exige, y más aún cuando se atraviesan los intereses de Jesús y de su religión, debemos añadir con valor nuestro testimonio al de los demás. Las voces concordes tienen multiplicada fuerza, y ésta es siempre resta a la fuerza de nuestros enemigos. La cobardía es siempre un bochorno para el cobarde, y puede ser el medio indirecto más eficaz para la propaganda del mal.

1. v. 22. — *Esto dijeron los padres del ciego, porque temían a los judíos...* — No se atreven los padres del ciego a arrostrar las iras de

los magnates, pero tampoco pecan negando los hechos que saben son verdad. Para el hecho de la curación, se remiten al testimonio del hijo, más fidedigno que el suyo; los hechos que ellos conocen, su paternidad y la ceguera del hijo, no temen testificarlos. Los intérpretes no suelen acusar aquí de cobardía a los padres; y parece que mejor justifican su conducta al mantenerse, ante los representantes de la ley y en un tribunal de justicia, dentro de los límites de la medida y de la circunspección en las palabras. Para que aprendamos que, a veces, puede ser más eficaz la prudente estrategia en la defensa que un ataque que, aunque justo, podría resultar contraproducente. Es regla a seguir en las obras de apostolado, y más aún ante la intervención de poderes oficiales en nuestras cosas.

1. v. 31. *Y sabemos que Dios no oye a los pecadores...* — Sí que oye a los pecadores Dios; si no los oyera, no hubiese concedido su gracia al publicano que le decía: Señor, sé propicio a mí, pecador. ¿Qué son muchos salmos, qué la plegaria particular de los cristianos y en gran parte la oficial de la Iglesia, sino un grito de alma pecadora que quiere salir de su estado, o que pide la remisión de sus culpas? Lo que quiere significar aquí el ciego, es que un pecador no hará jamás milagro alguno, aunque puedan hacerlos los pecadores (Mt. 7, 22), para confirmar el error, o la santidad que no tiene, o la injusticia de los hombres perversos. Jesús obra milagros en confirmación de su misión, de su doctrina, de la santidad de su persona; luego no es hombre malo: Dios no consentiría el abuso del poder taumatúrgico en pro de la maldad o de la mentira. Este es el sentido de la afirmación del ciego curado.
  
1. v. 34. —*En pecado eres nacido todo, ¿y tú nos enseñas?* — Los mayores suelen tener pena de aprender algo de los inferiores, dice San Beda. Mientras esperaban que negara el hecho, añade San Agustín, trataban de aprender de él con muchas preguntas que le hacían; cuando les dice la verdad, ingratos, le arrojan de su presencia. Para que aprendamos a recibir la verdad de quienquiera que sea; porque la verdad no es propiedad de nadie y es patrimonio de todos. Para que no nos desdeñemos de aprender de nuestros inferiores, que no lo son en aquello que nos enseñan. Y para que no hagamos recaer sobre la persona que nos dice la verdad la pena que nos produce el haberla conocido.

### **EL CIEGO DE NACIMIENTO: SU ENCUENTRO CON JESUS: IoH. 9, 35-41**

Explicación. — La portentosa curación del ciego ha corrido de boca en boca por la ciudad; no menos notoria se ha hecho la violenta escena del Sinedrio y la expulsión del ciego, que ha llegado a oídos de Jesús: *Oyó Jesús que le habían echado fuera*. Entonces el Señor buscó, o se hizo enconradizo con el

ciego, dando ello lugar a que Jesús revele su divinidad al ciego (35-38), y pronuncie una tremenda invectiva contra los fariseos (39-41).

JESUS SE REVELA AL CIEGO — Al inapreciable beneficio de la vista corporal añade Jesús, en favor del ciego, el don de la vista espiritual de la fe. Y cuando le halló, después de buscarle, en lo que se revela la bondad de Jesús, le dijo: *¿Crees tú en el Hijo de Dios?* La pregunta es súbita, y es trascendental; el ciego reconoce por el timbre de la voz al que le ha curado; por ello le responde con palabras de reverencia y que demuestran su ánimo obsecuente: *Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él?* Después de la escena del Sinedrio, la palabra sincera y serena de Jesús, por quien ya ha sufrido, le hallan predispuesto en favor de la persona de su Médico. Y Jesús le dijo: *Y lo has visto*, es decir, le ves, porque hasta entonces el ciego no había podido ver a Jesús; *Y el que habla contigo, ese mismo es:* Jesús hace al ex ciego una revelación de su mesianidad tan clara como la hizo a la samaritana (Ioh. 4, 26).

A la revelación externa junta Jesús su gracia, que ilumina y mueve pensamiento y voluntad de aquel hombre, que confiesa su fe: *Y él dijo: Creo, Señor.* Y para que el acto de fe fuese completo, júntase el gesto del cuerpo a la confesión del espíritu y de los labios: *Y postrándose, le adoró;* bien pudo adorar como Dios a quien le curó con poder divino y le aseguraba que era Dios. Dios no depone con el milagro en favor de la impostura.

AMENAZAS DE JESÚS A LOS FARISEOS — Hay un profundo contraste entre el contenido de estos versículos, en que se descubren negros horizontes de incredulidad y condenación, con las ideas apacibles y luminosas de los anteriores.

*Y dijo Jesús*, dirigiéndose a la multitud que se habría congregado a su alrededor, y descubriendo la significación simbólica de la curación de aquel ciego: *Yo vine a este mundo para juicio;* mi persona misma, mi doctrina, mis obras, son como un verdadero juicio por el que unos se salven y se condenen otros, según consientan o no con la misión que me trajo al mundo: *Para que vean los que no ven;* esto es, los sencillos y humildes, los ignorantes, que con avidez esperan el reino del Mesías, recibirán el don de la fe, por su docilidad a la doctrina de Cristo; *Y los que ven, los soberbios,* los que se creen sabios, los fariseos, *sean hechos ciegos,* rechacen, con protervia y orgullo, la doctrina de Cristo y repudien las obras que le acreditan de legado de Dios. Es la misma idea expresada por Simeón en Lc. 2, 34, y por la Virgen María en Lc. 1, 53.

La alusión de Jesús al espíritu farisaico es demasiado clara para que dejen de darse por señalados algunos fariseos que le oyen: *Y lo oyeron algunos de los fariseos, que estaban con él, y le dijeron: Pues qué, ¿nosotros somos también ciegos?* La pregunta es arrogante e irónica; se colige de la respuesta de Jesús, valiente y perentoria; *Jesús les dijo: Si fueseis ciegos, no tendríais pecado;* si vuestra ignorancia fuese invencible, si no os hubiese revelado la verdad, entonces no seríais culpables. *Más ahora, porque decís: Vemos,* porque vuestra hinchada ciencia os hace rechazar las enseñanzas del Mesías,

*por eso permanece vuestro pecado: está siempre en vuestro espíritu, ni será perdonado mientras no depongáis el orgullo que os ciega.*

Lecciones morales. — A) v. 35. — *Y cuando le halló...* — El encuentro de Jesús es para el ciego curado un premio al valor y a la sinceridad con que ha defendido su nombre en el Sinedrio; ello le llevará a la fe total en Jesús. Porque, como dice el Crisóstomo, los que sufren vejamen por la verdad y por la confesión de Cristo, son por él sobremanera honrados, como lo hizo Jesús con este ciego, a. quien recibió como recibe el juez o presidente de los juegos olímpicos al atleta vencedor y coronado. Convenzámonos de que el Señor no premia la cobardía de sus siervos, ni les sale al encuentro con nuevas gracias si no se han hecho dignos, con su ulterior conducta, de las que antes han recibido.

B) v. 36.— *¿Quién es, Señor, para que crea en él?* — Se revelan en estas palabras del ciego sus ansias vehementes de conocer la verdad. Ha sentido de cerca el poder de Dios, que le ha devuelto la vista; y ahora abre los ojos del alma para conocer a este Dios del poder. Cuando Jesús se le revele, la luz de la verdad inundará estos ojos abiertos de su espíritu con su claridad, y toda su alma se volverá hacia Jesús; porque, como los ojos de la cara son como la lámpara que orienta todo el cuerpo (Mt. 6, 22), así el ojo del alma, que es la inteligencia, dirige toda la vida. ¿Sentimos nosotros, ante las cosas ordinarias y extraordinarias del poder de Dios, de su sabiduría, de su bondad, este prurito que sentía el ciego de conocer más a Dios? No olvidemos que la ciencia de Dios, en el sentido ascético, es la que da orientación y firmeza a nuestra vida, la que ensancha sus horizontes, la que nos da grandeza de alma, la que hace eficaz nuestra vida.

c) v. 38.— *Y postrándose, le adoró.* — En plena calle, ante la multitud de transeúntes, ante quienes quizás habían oído el corto diálogo de Jesús y el ex ciego, cae éste de rodillas y adora al Señor, profundamente rendido de cuerpo y espíritu. En lo que se nos dan dos lecciones: la revelación de la fuerza de la gracia de Dios, capaz, en un momento, de abatir cuerpo y espíritu del hombre, dejando intacta su libertad, con ventaja y mérito del mismo hombre, si coopera a la gracia de Dios; y la espontaneidad, libertad y santa desaprensión con que, ante indiferentes y enemigos, debemos públicamente rendir a Jesús, nuestro Iluminador, el obsequio de nuestra fe y de nuestras obras.

1. v. 39. — *Yo vine a este mundo para juicio.* — Equivalen estas palabras a aquellas otras de Jesús: «El que no cree, ya está juzgado»: y a aquellas otras: «El que no es conmigo, está contra mí» (loh. 3, 18; Mt. 12, 30). Jesús es la regla infalible de la verdad y de la santidad; o se amolda el hombre a ella, o divaga fuera de ella: en ambos casos está ya juzgado el hombre, porque Jesús es el juicio justo, definitivo e inapelable. Tanto lo es, que el juicio final no será más que una ratificación solemne de este juicio para el que Jesús vino al mundo. Si estamos con Jesús, estamos ya juzgados con sentencia de salvación, si somos fieles, y seremos colocados a su diestra el último día. Si no estamos con Jesús y así perseveramos, ya estamos juzgados con

juicio de condenación.

1. v. 41.— *Si fueseis ciegos, no tendríais pecado...* — El pecado es un acto deliberado de la voluntad, que se desvía del orden; pero el orden, la ordenación de la vida, es función de la inteligencia, que es el ojo y la vista del alma. La total ceguera del alma es la total ignorancia de la ley y del deber que importa; es el estado de los que no tienen uso de razón, de los infantes y dementes. Estos no son sujetos de pecado, porque ignoran la ley. ¿Será, entonces, una ventaja el ignorarla? No: porque hay una ignorancia culpable, como lo es la que tenemos obligación de disipar, en virtud de nuestra condición general de cristianos o de la especial de nuestro estado. Luego, cuanta más luz, mejor, a condición de que ella sea norma eficaz de nuestra vida. Cuanto más fe, y más ilustrada, más facilidad de obrar, más seguridad en la obra, más matices en los actos libres, y, por consiguiente, más posibilidad y mayor abundancia de mérito, con esperanza de galardón mayor.

**(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. I, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966, p.150-163)**